

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

José E. Covarrubias V.

“Alexander von Humboldt”

p. 33-62

Historiografía mexicana. Volumen III. El surgimiento de la historiografía nacional

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)
Virginia Guedea (coordinación del volumen III)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1997

470 p.

ISBN 968-36-4991-2 (obra completa)

ISBN 968-36-4994-7 (volumen III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_03/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

UN LUGAR EN LA GEOGRAFÍA Y EN LA HISTORIA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



ALEXANDER VON HUMBOLDT

JOSÉ E. COVARRUBIAS V.*

*Datos biográficos*¹

Friedrich Heinrich Alexander von Humboldt nació en Berlín, reino de Prusia, el 14 de septiembre de 1769, en el seno de una familia noble. Su padre fue Alexander Georg von Humboldt, un militar de carrera del ejército de Federico el Grande que tras de ser herido en combate (1761) se dedicó a la vida cortesana y cobró en ella cierta importancia. Una mujer de ascendencia hugonote, Marie Elisabeth Colomb, contrajo segundas nupcias con este militar después de enviudar de un primer marido, con quien sólo había tenido un hijo. Fue como resultado de este segundo enlace que Elisabeth trajo al mundo a Alexander, a quien había precedido otro hermano, Wilhelm, dos años antes. El ennoblecimiento de la familia databa de 1738 por el lado paterno y de 1786 por el de los Colomb. El matrimonio de los padres marcó así la singular fusión de una estirpe típica de propietarios prusianos (*Junkers*) con una burguesía ascendente de orientación intelectual. La disposición de ambos hermanos a prestar servicios al Estado, más acusada en el caso de Wilhelm, fue por tanto producto de una doble herencia, si bien es claro que la tendencia intelectual del lado materno prevaleció sobre la modalidad militar del paterno.

Alexander Georg von Humboldt era un hombre extrovertido y que se sentía a sus anchas en la corte. Marie Elisabeth parece haber sido, por el contrario, muy poco afecta a la vida de sociedad. El primero murió pronto (1777) y la viuda tuvo que hacerse cargo de la formación de los niños, lo que implicó la manutención en el propio hogar de tutores

* Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

¹ Para el siguiente apartado nos hemos apoyado sobre todo en los escritos biográficos de H. Beck y A. Meyer-Abich, acaso los más completos que existen. Dado que en él emprendemos una presentación muy general, no vimos la necesidad de referir las citas salvo en el caso de aquellos datos de particular relevancia. En el apartado dedicado al estudio historiográfico del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* se aludirá ocasionalmente al viaje de Humboldt por la América española, con lo que su perfil biográfico quedará un poco más completo.

selectamente escogidos. Wilhelm no tardó en mostrar una decidida ventaja sobre su hermano en el proceso de aprendizaje, situación comprensible por la diferencia de edades y por el hecho de que Alexander era un niño enfermizo; sin embargo, este último mostró pronto un interés notable por las ciencias naturales, con las que se familiarizaría en forma gradual, mediante el esfuerzo autodidacta. Así, mientras el hermano mayor se inclinaba definitivamente por el estudio del derecho y de las humanidades, Alexander afinaba ya en los últimos años de su adolescencia un interés particular por la exploración de las regiones remotas situadas bajo los trópicos.

En 1787 inicia la vida universitaria de Alexander, en Frankfurt del Oder, donde se dedicó al estudio del cameralismo, una de las materias más comunes en la preparación de los hombres de Estado alemanes.² Posteriormente regresó a Berlín, donde pudo satisfacer con amplitud su interés por las ciencias naturales, sobre todo por la botánica, su campo preferido. En ese tiempo conoció a Carl L. Willdenow, el científico que más lo inspiró en su intención de estudiar las plantas desde el punto de vista geográfico. Sin embargo, ya por entonces se mezclaba en él la curiosidad por los fenómenos naturales con la atención a las realidades humanas, y todo ello apuntaba a una modalidad inédita en la percepción del hombre dentro del orden natural. Su hermano Wilhelm la detectó pronto, a juzgar por la siguiente reflexión en una de sus cartas:

En cuanto a mi hermano... lo considero sin cortapisas ni reservas la inteligencia más grande con que he topado en mi vida... Unir el estudio de la naturaleza física con el de las cosas morales y llevar de esta manera la verdadera armonía al universo, tal como lo conocemos; o en todo caso, si esta tarea resultara excesiva para las energías de un solo hombre, desarrollar el estudio de la naturaleza física de tal suerte que este segundo paso pueda darse ya con facilidad a este respecto sostengo que entre todas las inteligencias de todas las épocas que he podido conocer, sea por la historia o por mi propia experiencia, sólo la de mi hermano me ha parecido lo suficientemente dotada para conseguirlo.³

Hacia la fecha en que fue escrita esta carta, Alexander se afanaba ya en definir un futuro viaje de exploración por zonas lejanas, que no

² Se trataba fundamentalmente de un aprendizaje de asuntos económicos y administrativos que dejaba de lado lo jurídico.

³ Traducción nuestra de un fragmento de la carta del 18.3.1793 dirigida a Karl G. von Brinkmann, reproducida parcialmente en A. Meyer-Abich, *Alexander von Humboldt, in Selbstzeugnissen und Bilddokumenten*, Hamburgo, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 1983, p. 20.

podían ser otras que las de los trópicos del Nuevo Mundo. Atraído desde su juventud más temprana por la empresa, ésta se tornó mucho más verosímil desde 1796 debido a la considerable herencia que recibió el aristócrata en ocasión de la muerte de su madre. Pero más que los recursos financieros, a Humboldt le preocupaba reunir un capital de conocimientos que le permitiera sacar el máximo provecho científico de su viaje. Para entonces se había beneficiado no solamente de las lecciones de cameralismo de Frankfurt del Oder, sino también de estudios posteriores en la universidad de Gotinga (1789-1790), en una importante escuela comercial de Hamburgo (1790-1791) y en la famosa academia de minería de Freiberg (1791-1792). Este itinerario le permitió acumular una gran cantidad de conocimientos, al tiempo que desarrollaba el sentido de su aplicación en favor de la condición humana,⁴ convicción patente en su interés por mejorar las condiciones ambientales del trabajo en las minas.

Después de su estudio en Freiberg, Humboldt se desempeñó como funcionario del departamento de minas de Prusia mediante la ocupación de varios cargos. Sin embargo, ya por entonces era mucho el tiempo que dedicaba a las prácticas de campo que le serían indispensables durante sus exploraciones en América. Al comienzo del análisis historiográfico hablaremos concisamente del sentido y contenido central de todo este plan científico. La principal característica del periodo de preparación fueron los amplios recorridos de Alexander por Alemania y toda Europa, a menudo con el fin de entrevistarse con científicos célebres o conocer las mejores colecciones de plantas y de otros objetos de su interés. Por fin, la oportunidad del viaje pareció presentarse en ocasión de la futura expedición del capitán Thomas Nicolas Baudin, quien realizaría un recorrido de circunnavegación financiado por el gobierno francés. Humboldt pensó participar en esa expedición de manera un tanto *sui generis*, pues pretendía abandonarla cuando llegara a las costas de la América tropical para encontrarla después nuevamente en otros puntos del continente. Sin embargo, los planes de Baudin no pudieron realizarse y fueron pospuestos. El joven alemán no quiso esperar más y se embarcó finalmente rumbo a la América española en la fragata *Pizarro*, que partió del puerto de La Coruña, España, el 5 de junio de 1799.

Humboldt recorrió una amplia zona de América entre el año mencionado y agosto de 1804, cuando retornó a Burdeos, Francia,

⁴ Sin embargo, Humboldt nunca perdió de vista el fin intrínseco de la ciencia, consistente en la búsqueda libre y desinteresada de los conocimientos, es decir del saber por el saber. Esta última idea aparece ya en sus ensayos de 1797 sobre los efectos del galvanismo en los músculos de los animales.

acompañado del francés Aimé Goujaud Bonpland, quien había realizado el recorrido junto con él.⁵ Su gran esfuerzo científico culminó en el surgimiento de una geografía de base empírica y en términos más generales de toda una empresa integradora del conocimiento de las realidades físicas con el de las cuestiones humanas. Conocedor de Aristóteles y partidario de los ideales ilustrados, el explorador cumpliría con el tiempo el objetivo que su hermano Wilhelm le asignaba en la carta citada, si bien ese grandioso despliegue del mundo físico como escenario de la aventura humana quedó expresado más elocuentemente en su *Cosmos* (Stuttgart, 1845-1858) que en los 30 volúmenes resultantes de su viaje americano (París, 1805-1839).

Por razones de espacio debemos resumir enormemente el resto de la trayectoria biográfica del autor. A su retorno de América (1805) el sabio se estableció en París, donde se convirtió en una celebridad no sólo del medio científico sino de la vida cultural en general. En 1827 retornó a Prusia y retomó el servicio del Estado, no obstante que su talante cosmopolita y liberal lo hacía incómodo a los conservadores cortesanos que rodeaban al rey. Poco antes de su regreso al país natal había contemplado la posibilidad de trasladarse a México y practicar ahí la investigación científica, proyecto que no pasó de ser un gran sueño para él y para su país anfitrión. En 1829 volvió a emprender un amplio viaje de exploración, esta vez por Rusia y Siberia. Residente en Alemania por el resto de sus días, vivió dedicado enteramente a la ciencia, por lo que nunca se casó. Siempre tuvo en mucho la amistad, al grado de rendirle casi un culto, y fue sumamente generoso con los científicos jóvenes que prometían carreras brillantes. Dotado de energía inextinguible y fortalecido en su salud gracias a su viaje por América, el barón Alexander von Humboldt alcanzó la edad de 89 años y murió el 6 de mayo de 1859.

En cuanto a la estancia novohispana de Humboldt, ésta tuvo lugar entre marzo de 1803 y marzo de 1804, periodo en el que el viajero fue objeto de las más finas atenciones por parte de la elite política y científica del país. Sus actividades durante la visita han sido referidas ya por muchos, por lo que nos abstenemos de repetir las. Sólo nos resta aclarar dos puntos de importancia que atañen a nuestro análisis historiográfico. Por una parte hay que decir que nos hemos concentrado en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* porque es su obra más completa y de mayores consecuencias entre todas las que tocan aspectos de nuestro país. No ignoramos que otros escritos de Humboldt,

⁵ Las partes recorridas se encuentran actualmente en Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, Perú, México y Estados Unidos.

como *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique* (París, 1810) o *Tableaux de la nature*⁶ (original alemán editado en Tubinga y Stuttgart, 1808), incluyen observaciones de gran interés sobre asuntos de México. Sin embargo, las principales conclusiones contenidas en dichas obras quedaron recogidas finalmente en el *Ensayo* mencionado, que por otro lado representa un ejercicio notable, previo al de *Cosmos*, de integración armónica de la realidad física y la moral. Por otra parte, el *Ensayo* muestra una inserción muy reveladora de las realidades novohispanas en el contexto hispanoamericano, por lo que varias de sus conclusiones más importantes de tipo histórico atañen a todo el territorio colonizado por España en el Nuevo Mundo.

Para nuestro análisis hemos escogido la edición Porrúa del *Ensayo*, prologada, anotada y editada por Juan A. Ortega y Medina, promotor original de la presente historia de la historiografía mexicana. Con ello no solamente hemos buscado rendir un justo homenaje al más tenaz estudioso de la obra y la figura de Humboldt en nuestro medio durante las últimas décadas, sino remitir también al lector a la que sin duda sigue siendo la más útil y cuidadosa edición de este escrito en el mundo de lengua española. Aparecida originalmente en México en 1966, dicha edición retoma la traducción de Vicente González Arnao del original francés editado en cinco volúmenes por Schoell, en París, entre 1807 y 1811. La traducción de Arnao fue publicada también en París por la Casa Rosa en 1822 y reeditada ahí mismo en 1827. En cuanto a las otras ediciones del *Ensayo* en español, remitimos al anexo IV del estudio preliminar de Ortega y Medina.

Estudio historiográfico del Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España

No es posible entender cabalmente la visión de Humboldt sobre la Nueva España sin tomar en cuenta el recorrido anterior⁷ a su estancia en estas tierras. Su visión del gran virreinato del norte ha quedado enmarcada por otra que, como decíamos, lo sitúa en un contexto hispanoamericano y le concede un lugar preponderante dentro del mismo. El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* nos permite saber, entre otras cosas, que la infraestructura científica de esta colonia no tenía igual en el resto del continente y que desde el punto de vista del “rango político” también superaba en mucho a sus hermanas meri-

⁶ Es decir, sus famosos *Cuadros de la naturaleza*.

⁷ Es decir, por la parte noroeste de Sudamérica.

dionales. No será exagerado afirmar, por tanto, que este famoso escrito ha brindado a su autor una ocasión inigualable para elaborar conclusiones sobre algunos de los aspectos más importantes del dominio español en América.

Pero antes de abordar lo relativo al valor historiográfico del escrito, resulta indispensable aludir de manera muy general a la labor científica de Humboldt, lo que nos remite a su vez al programa de exploración natural que lo guió durante su viaje americano.⁸ Movido por un interés geográfico preponderante, el barón se propuso el estudio de los fenómenos naturales en función de su situación espacial, ya que dicha perspectiva le parecía indispensable para lograr un conocimiento más completo de las relaciones de estos fenómenos entre sí. En el centro de su atención vino a estar la geografía de las plantas, es decir el estudio de la distribución y el agrupamiento de los vegetales en sus coordenadas de latitud, longitud y sobre todo altitud, aspecto en el que el continente americano, con sus sierras y desniveles acentuados, se ofrecía ciertamente como un laboratorio ideal.⁹ Los esfuerzos realizados anteriormente en este campo no habían pasado de simples esbozos o de mero complemento para otro tipo de estudios. Además de este programa de exploración botánica, su plan científico tenía otros dos objetivos centrales: 1) el desarrollo de un sistema de pasigrafía o notación científica cuasimatemática en la representación cartográfica de los datos geográficos y geológicos; 2) la búsqueda de leyes o regularidades en el desplazamiento y caída de las sierras en el globo terráqueo, para lo que el conocimiento directo de la zona andina resultaba de fundamental importancia.¹⁰

De estos tres objetivos sólo los dos primeros fueron alcanzados plenamente, ya que las supuestas leyes sobre el desplazamiento y caída de las sierras quedaron todavía como hipótesis a demostrar. Sin embargo, el viajero también aspiraba a conseguir resultados decisivos en torno a ciertas teorías geográficas y geológicas que exigían la prueba de la fundamentación empírica. De esta manera Humboldt pudo confirmar y explicar la verdad de varias de estas aseveraciones, como la relativa a la localización de climas más extremosos en el borde oriental que en el occidental de los continentes (América y Eurasia), hecho registrado por los navegantes, o a una misma sucesión *grosso modo* en la vegetación

⁸ Programa expuesto en H. Beck, *Alexander von Humboldt*, México, FCE, 1971, p. 97-142.

⁹ *Ibid.*, p. 200, refiere un apunte autobiográfico de Humboldt en Cuba en el que confiesa que este plan de estudio, originado en las ideas del botánico Carl L. Willdenow, constituía el objetivo principal de su viaje americano.

¹⁰ *Ibid.*, p. 188.

en el sentido de norte a sur que de mayor altitud a menor altitud.¹¹ Todo esto, como decíamos, debía de servirle para precisar al máximo el entrelazamiento de los diversos factores en juego (climatológicos, orográficos, geológicos, etcétera), y es reconocido que sus exploraciones y mediciones científicas representaron un gran avance en este sentido.

Humboldt no limitó su rigor al ámbito de las ciencias naturales, aunque fue en ellas que lo ejerció de la manera más sistemática. Como hombre de letras también procuró abordar los asuntos humanos con un mismo talante, de lo que dan prueba fehaciente sus dos *Ensayos políticos*, el ya citado sobre la Nueva España y el dedicado a la isla de Cuba (París, 1825). Fue él quien privó de prestigio científico a las teorías buffonianas y depauwianas sobre una supuesta decadencia y degeneración del hombre americano por causas naturales, una idea extraordinariamente difundida durante el medio siglo anterior a su viaje.¹² También es digna de señalarse su objetividad científica frente a las teorías prevalecientes en torno al origen de la civilización americana, al igual que su cautela al calcular el monto del metálico extraído del Nuevo Mundo desde el siglo XVI, ejemplo de un proceder basado siempre en datos y evidencias de la mayor exactitud posible.

Sin embargo, con esta aplicación objetiva y empírica al mundo de las cosas humanas no pretendía Humboldt crear o responder a los dictados de alguna ciencia social distinta de la natural, por más que en la actualidad nos sintamos tentados a emplear de inmediato dicho término para calificar este tipo de aproximaciones. En su horizonte intelectual partía todavía de algunos principios propios de la era ilustrada, como el de que existía una relativa correspondencia e incluso continuidad entre las leyes del mundo físico y las del mundo moral. Ahora bien, aunque siempre se propuso mostrar la integración del hombre en el orden natural, esto no lo llevó a ignorar que la eterna dependencia humana del medio físico no impide el aprovechamiento racional de los recursos naturales ni el perfeccionamiento moral de los individuos. La lectura de sus obras despierta precisamente la convicción de que el estudio de las actividades humanas se enriquece de manera notable al situarlas dentro de ese todo armónico que es la naturaleza, certeza que lleva la impronta de la ilustración kantiana.¹³

¹¹ Si bien hay que aclarar que Humboldt era notablemente renuente a generalizar la explicación de estos fenómenos, pues era consciente de que un mismo hecho geográfico podía responder a causas diferentes según la zona o continente.

¹² A. Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1982, es el estudio clásico sobre este tema.

¹³ Kant influyó directamente en su concepción de la geografía como la ciencia empírica por excelencia (Beck, *op. cit.*, p. 117). De manera menos directa se percibe

Uno de los aportes centrales de este geógrafo es el de haber comenzado a desarrollar el estudio de la huella humana en el paisaje natural. De esta manera, se muestra convencido de que el estudio de la geografía de las plantas nos permitirá relacionar la distribución de los vegetales con las migraciones de los pueblos. Su idea de la civilización y de los logros humanos en general se guía también por la conciencia de que las sociedades se asientan en entornos naturales muy diversos e incluso contrastantes. No es, pues, ninguna casualidad que Humboldt fundamente una concepción de la historia de la humanidad muy próxima a la del filósofo alemán Johann G. Herder (1744-1803), para quien ésta no podía ser reducida a un proceso de desenvolvimiento único y debía de verse en cambio como una pluralidad de expresiones culturales, con lo que el factor geográfico adquiría una importancia inusitada.¹⁴ No estará de más señalar que este marco comprensivo no constituye ningún antecedente de las ideologías darwinistas u organicistas surgidas en la Europa de finales del siglo XIX. Humboldt no aplica las teorías biológicas a los procesos históricos, pues asume que la relevancia de estos últimos radica en el enriquecimiento espiritual y civilizatorio que conllevan. Su apoyo en la ciencia natural para entender mejor las cosas humanas repercute de manera más novedosa en su ancho criterio metodológico que en su ideario político o social, que todavía refleja el típico interés ilustrado por las causas del perfeccionamiento moral de los pueblos.

Gracias al resumen previo sobre las orientaciones científicas de Humboldt podemos disponernos a abordar los aspectos que más nos interesan de su obra sobre el reino novohispano. El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* ocupa un lugar excepcional entre todas sus obras por ser el escrito más completo que dedicó a cualquier país de la zona americana visitada. No sólo en una historia de la historiografía mexicana, sino en cualquier intento por definir las directrices del pensamiento histórico del autor, el escrito de tema novohispano está destinado a recibir la atención privilegiada de los estudiosos. Un buen número de los volúmenes de la gran edición parisina con temas ameri-

también la influencia de esta vertiente ilustrada en la tónica individualista con que Humboldt entiende la perfectibilidad moral del ser humano, por ejemplo en el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1978, p. 62, donde subraya la importancia histórica del surgimiento de la libertad individual.

¹⁴ Aunque es importante recordar que no en un sentido determinista. H. Beck, *op. cit.*, p. 99, señala la relevancia de Herder en la difusión de la idea de que el medio físico debía ser tomado muy en cuenta como escenario de la historia, precisamente sobre la base del caso americano. En el *Ensayo sobre la Nueva España* (p. 126), Humboldt cita a Herder y al geógrafo Johann C. Gatterer, autor de un *Ensayo de una historia universal*.

canos abordan asuntos de estricta ciencia natural. Como contrapartida, el *Ensayo* incluye algunas de las reflexiones y conclusiones más importantes del sabio sobre la compleja realidad social hispanoamericana. Se trata a su vez del máximo ejemplo de toda una vertiente de su producción, integrada por textos sistemáticos y eruditos, que se distingue fácilmente de aquella otra formada por obras de carácter más narrativo y espontáneo, como lo son sus relatos de itinerante.¹⁵ Por todo lo anterior, adentrarse en el *Ensayo* novohispano implica incursionar en un escrito de evidente carácter analítico por la consideración detallada que en él se hace de las circunstancias novohispanas y algunas relativas a toda Hispanoamérica; pero al mismo tiempo, como lo veremos hacia la parte final de este estudio, la obra incluye un nivel de tratamiento más profundo que pone de manifiesto la gran capacidad sintética del autor.

Antes de pasar a la parte central de nuestro análisis historiográfico, nos parece pertinente señalar el sentido adjudicado por el propio Humboldt a la redacción del *Ensayo*. Al respecto no hay ningún secreto, pues afirma haberlo escrito con el fin de proporcionar una obra útil a los encargados del gobierno y de la administración de las colonias hispanoamericanas, “los cuales muchas veces, aun después de una larga residencia en ellas, no suelen tener ninguna idea exacta acerca del estado de estas hermosas y extensas regiones”.¹⁶ Por tratar temas de gobierno y de administración tenemos, pues, una obra de eminente carácter político. Pero lo político de este *Ensayo*, como bien lo ha señalado Hanno Beck, reside asimismo en su condición de escrito de geografía política, situación no siempre tenida en cuenta por sus comentaristas y estudiosos.¹⁷

¹⁵ El principal ejemplo de las obras de itinerante es el *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Monde* (París, 1807 y después), así como la *Relation historique* del mismo (París, 1814-1825). También aquí habrá que mencionar los nueve diarios o *Tagebücher* de su viaje americano, cuya transcripción se inició en Alemania desde 1969, y que han sido editados en un primer libro por M. Faak y M. Kossok bajo el título de *Alexander von Humboldt, Lateinamerika am Vorabend der Unabhängigkeitsrevolution*, Berlín, Akademie Verlag, 1982, y continuados por un segundo de la misma editorial en 1986 (*Alexander von Humboldt, Reise auf dem Rio Magdalena, durch die Anden und Mexico. Teil I.*), bajo el cuidado de M. Faak y K. R. Biermann.

¹⁶ *Ensayo político*, p. 1.

¹⁷ Apréciense los comentarios de Beck a su edición reciente y abreviada del *Ensayo* en lengua alemana, *MexicoWerk: politische Ideen zu Mexico*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1991, p. 529-531: La escuela de geografía política se había desarrollado en Europa al parejo que la ciencia de la estadística desde el siglo XVII. El *Ensayo* sobre la Nueva España pertenece a ella en la medida que incluye la enumeración y caracterización estadística de las principales poblaciones del país, y que integra esta descripción a la parte topográfica o relativa a la localización espacial de las mismas (cfr. libro III de esta obra). Sin embargo, la obra también “inaugura la descripción geográfica moderna con el ejemplo

Humboldt se propone, por tanto, mostrar los principales problemas que supone el gobernar y administrar las tierras americanas sometidas a la corona de España, tal como él pudo percibirlos al convivir con la gente del país y emprender *in situ* un estudio sistemático de los mismos.¹⁸ Para ello echa mano de informaciones cruciales nunca antes difundidas u organizadas y se explaya en torno a cuestiones que desde bastante tiempo atrás despiertan un interés notable entre los hombres de Estado, cuestiones que sólo podrán ser aclaradas por un buen conocedor de la ciencia y del mundo como lo es él. Estos asuntos inciden fundamentalmente en la temática administrativa del *Ensayo*, un entramado de informaciones y reflexiones cuya relevancia rebasa con mucho el ámbito de los funcionarios españoles o hispanoamericanos. Como ejemplo de ella pueden mencionarse sus consideraciones en torno a las causas del crecimiento de la población en general, así como a los retos que una inadecuada distribución de la misma supone para los fines de todo buen gobierno.¹⁹ Asimismo, todo aquello que el alemán sostiene sobre el estado y la legislación del comercio, o de la situación fiscal de esta y aquella otra colonia ultramarina, al igual que su indagación sobre las verdaderas causas de la bonanza de la Nueva España, consideraciones orientadas todas ellas a sentar las bases de un desarrollo económico firme²⁰ y de un bienestar general duradero. La conciencia de la relevancia universal de estos problemas no sólo explica que nuestro autor recurra a ejemplos de los más diversos tiempos y lugares, sino que sostenga, poco antes de finalizar la obra, que “el objeto de nuestras investigaciones no ha sido otro, hasta aquí, sino el de conocer las principales fuentes de la prosperidad pública...”²¹

La temática administrativa del *Ensayo* es inseparable de la específicamente política, bajo la cual no debe entenderse tanto lo relativo al sistema y a los problemas cotidianos del gobierno, poco tratados en sí, cuanto a los resortes morales de éste y a la situación del virreinato como parte del Imperio español y frente a los otros Estados del planeta.²²

de México, es decir de un gran país no europeo” (p. 531). En suma, el escrito combina los dictados de la vieja geografía política con los de una nueva modalidad consolidada por Humboldt, la geografía física, de la que hablaremos más adelante.

¹⁸ La obra está dedicada al rey Carlos IV de España, que autorizó el viaje de Humboldt por sus posesiones del Nuevo Mundo.

¹⁹ El interés general por estos temas da sentido a sus constantes comparaciones entre la densidad de población de la Nueva España y la que se registra en países tan diferentes de ella como Rusia, Prusia o Francia.

²⁰ Bases que Humboldt ve, como es bien sabido, en el florecimiento de la agricultura en lugar de la sola explotación de minerales, *op. cit.*, p. 237.

²¹ *Ibid.*, p. 539.

²² Con razón dijo el geógrafo e historiador de la geografía alemán Oscar Peschel que Humboldt había introducido la noción de rango en el ámbito del estudio de la economía

Como la mayoría de sus contemporáneos, Humboldt aborda los asuntos de interés público en función de sus “causas físicas y morales”,²³ dualismo que resulta clave para entender esa geografía física que integra y da un sentido definitivo a su amplia labor de naturalista.

Coetáneo de una época de revoluciones a todos los niveles, Humboldt es consciente de que el estudio del medio físico se cuenta entre las prioridades de una nueva manera de abordar las tareas del Estado. No sólo las revoluciones políticas, económicas y sociales, sino sobre todo las que vienen ocurriendo en el orden de las ideas y de los conocimientos,²⁴ es decir las morales, conllevan la exigencia de indagar las posibilidades de explotación racional de los recursos y procurar la convivencia armónica entre los pueblos y su entorno natural. Los aspectos físicos a que el geógrafo quiere dirigir la atención del estadista incluyen, en primer lugar, los relativos al medio natural propiamente dicho, que a su vez lo remiten a las causas o “leyes” de asuntos tales como el crecimiento demográfico, la buena o mala distribución de la población en su territorio, la productividad agrícola en las regiones templadas y tropicales, la preservación de las zonas lacustres y la mejor defensa de un país en función de su orografía y de su situación espacial, entre otras cuestiones.

De nuevo nos vemos precisados a subrayar que la geografía humboldtiana incluye plenamente al hombre y que no se trata de una geografía física contrapuesta a otra, “humana”. La diferenciación entre geografía física y humana tuvo lugar en fechas posteriores y no es aplicable a la ciencia de Humboldt. El dualismo de causas físicas y morales,²⁵ expresión de su renuencia a identificar sin más los dos órdenes de cosas, correspondería al universo material y espiritual, si es que hemos de traducirlo a la terminología actual, y en él se asume que los aspectos físicos no sólo abarcan las cuestiones humanas de tipo corporal sino muchas otras relacionadas con el Estado: cantidad, distribución y destrezas físicas de los habitantes, nivel de aprovechamiento de los recursos, movilidad del elemento humano dentro del territorio,²⁶ etcétera. Estos aspectos coinciden en mucho con lo que actualmente se

internacional. O. Peschel, *Geschichte der Erdkunde bis auf Alexander von Humboldt und Carl Ritter*, München, Cotta, 1865, p. 513-515.

²³ Humboldt, *op. cit.*, p. 6, 94 y 269.

²⁴ Cambios traídos por la Revolución francesa, que Humboldt acepta bajo la idea de que a la larga significarán un mejor orden de cosas para la humanidad.

²⁵ Físico, por cierto, es el término con que Humboldt suele designar al explorador naturalista, aquel que hace contribuciones a la geografía más empírica (la física), en contraste con el cartógrafo, el estadístico o el topógrafo, a quienes llama simplemente geógrafos. *Vide supra* nota 17 y de H. Beck, *Grosse Geographien. Pioniere-Aussenseiter-Gelahrte*, Berlín, D. Reimer Verlag, 1982, p. 91-93.

²⁶ Así, a Humboldt le interesa por ejemplo la considerable insalubridad de las costas

denomina el “potencial” de un Estado. La constante atención a lo cuantitativo, patente en el continuo recurso a la estadística, se inscribe en esta preocupación por el sustento físico de la vida colectiva.

Por abordar la realidad física fundamentalmente desde el punto de vista geográfico, Humboldt privilegia lo relativo a su ordenación espacial. Congruente con tal proceder es su afán de incorporar a ese mismo marco geográfico el incipiente, pero progresivo, intercambio de los pueblos hispanoamericanos con los europeos. En ciertas zonas de Sudamérica el alemán había constatado la penetración de los ideales revolucionarios franceses y los del liberalismo económico que los ingleses introducían junto con sus mercancías.²⁷ Era el resultado de un contacto intenso entre las localidades costeras de la América española y los enclaves cercanos de las otras potencias europeas, situación que agudizaba la conciencia de muchos hispanoamericanos de que su gobierno colonial no se guiaba por las modernas doctrinas políticas y económicas de sus vecinos.

También reconoció Humboldt la importancia del hecho de que los intercambios entre americanos y europeos comenzaban a extenderse a ámbitos diferentes del estrictamente mercantil, algo inconcebible unos cuantos años atrás. La intensificación de la relación se debía también al interés de los hispanoamericanos, como lo demostraba el propósito de los potentados económicos por llegar a una explotación más científica —y productiva— de sus minas. Por tal motivo, tres grupos de expertos mineralogistas alemanes se habían trasladado a Iberoamérica en fechas muy recientes.²⁸ Tampoco pasaron desapercibidos al viajero la buena disposición y el auténtico interés de un buen número de funcionarios coloniales (peninsulares y criollos) por fomentar el intercambio científico con los europeos en campos como el de las clasificaciones botánicas y las mediciones geográficas. De esta manera no podía caber duda: Hispanoamérica se veía alcanzada por la última gran revolución intelectual y moral, aquella que había difundido el reconocimiento de la ciencia ilustrada y el aprecio por las luces en Europa. Los progresos de esta revolución, sin embargo, sólo podían ser penosos en sociedades tan tradicionalistas y conservadoras como éstas de cultura hispánica, tuvo que admitir repetidamente Humboldt durante su viaje.

orientales del país y por sus efectos precisos en el comercio y la defensa del territorio, *op. cit.*, p. 512. Con razón dice Ortega y Medina en su prólogo al *Ensayo* que para Humboldt el Estado era el gran nivelador de todos los intereses y afanes nacionales, *op. cit.*, p. XV.

²⁷ Por ejemplo, era el caso en las costas de Cumaná (Venezuela), H. Beck, *Alexander von Humboldt*, p. 184.

²⁸ *Ibid.*, p. 220.

El interés por los fenómenos humanos en su dimensión espacial resulta de fundamental importancia para entender la vertiente propiamente histórica del pensamiento de Humboldt. Evidentes son los nexos entre su curiosidad histórica y aquel omnipresente interés geográfico que no sólo abarca el registro de los fenómenos naturales en su dimensión espacial, sino también en la temporal, ya sea para indagar sobre las migraciones de los vegetales o enriquecer la historia natural mediante el estudio de las estructuras geológicas. Tampoco podrá desligarse el Humboldt historiador del analista político que deduce las consecuencias políticas y administrativas de habitar en un territorio específico o de verse favorecido por el medio para establecer tal o cual intercambio con los otros pueblos. Todo ello revela un método muy ancho al abordar las cosas humanas, cuyo rasgo decisivo parecería consistir a primera vista en una combinación constante de datos históricos y geográficos. En sentido estricto, buena parte de su proceder como geógrafo consiste en el desdoblamiento del material histórico sobre un plano espacial, un primer paso hacia esa independencia del campo geográfico respecto del histórico que Humboldt llevó a cabo y le ha valido el ser considerado el geógrafo más moderno de su tiempo.²⁹ Si a esto añadimos la no escasa atención concedida en el *Ensayo* a sucesos del pasado no relacionados con la geografía, pero determinantes de la situación novohispana del momento, entonces apreciaremos la complejidad y riqueza del componente histórico del escrito.

El pensamiento histórico de Humboldt refleja aún en mucho la curiosidad que había prevalecido durante el Siglo de las Luces. Sus reflexiones sobre la historia se orientan casi invariablemente al desenvolvimiento intelectual de los pueblos y a su consecuente grado de civilización. Pero precisamente en este rubro tiene lugar una aportación decisiva del geógrafo físico para el estudio del hombre, como lo es su afinamiento de la comprensión cultural mediante la consideración del entorno natural y de los intercambios que éste permite a los pueblos. Hasta ahora este modelo ha sido valorado principalmente por sus repercusiones en la gran escuela de geografía alemana del siglo XIX, sembrada de grandes nombres;³⁰ sin embargo, nadie puede negar su

²⁹ Así, H. Beck, *Grosse Geographien*, p. 90. Esta tendencia a separar los campos no resulta de una búsqueda programática de las causas geográficas de la historia, una de las líneas básicas de la geografía alemana posterior o antropogeografía. Pero sí explica, como veremos, que la principal contribución geográfica al campo histórico consistirá en adelante en el método geográfico-etnográfico.

³⁰ Algunos de los continuadores en este campo fueron Carl Ritter, Oscar Peschel, Theodor Waitz y Friedrich Ratzel, quienes publicaron a todo lo largo del siglo XIX. Estos autores vieron en la geografía un factor decisivo para explicar la variedad cultural del

significación en el surgimiento de la temática etnográfica moderna en general, consolidada a finales del siglo XIX. No pretendemos que toda la información histórica contenida en el *Ensayo* novohispano, o siquiera la mayor parte de ella, responda a la puesta en práctica de este modelo geográfico-etnográfico. Este último aparece solamente de manera esporádica en sus páginas y con toda la sencillez de sus primeras formulaciones, que por lo mismo delatan su razón de ser: el deseo de fundamentar el análisis cultural sobre bases empíricas en la medida de lo posible.³¹ Volveremos sobre ello un poco más adelante.

Abordemos la visión humboldtiana del pasado de México en orden cronológico. Por lo que toca a la historia prehispánica, Humboldt dedica comentarios amplios al tema de las migraciones, sobre todo la tolteca y azteca, tan importantes en la historia de la civilización antigua de México.³² El sabio resalta la circunstancia de que estos desplazamientos han tenido lugar fundamentalmente en dirección norte-sur y evalúa la hipótesis de algún contacto ocasional entre las culturas mexicanas y la incaica, en lo que concluye que dicho contacto habría resultado de un desplazamiento de los pueblos mexicanos hacia el sur.³³ De particular interés le parecen las migraciones toltecas, cuyos monumentos, junto con los de otros pueblos, son motivo de concienzudas reflexiones sobre su posible origen extra-americano.³⁴

Todo esto lleva a tratar acerca de la posición de Humboldt frente al difusionismo como teoría en boga en su época sobre el origen de la civilización americana. Con razón se ha insistido en su interés por este esquema, apuntándose su aproximación inteligente a un tema en el que el aspecto arqueológico es de gran importancia.³⁵ El barón toma defini-

planeta, por lo que el lector aprecia en toda su dimensión el florecer científico basado en la tradición herderiana, aquella que frente al paradigma ilustrado de un proceso único de civilización postulaba una percepción más empática de las culturas y de la individualidad de los pueblos.

³¹ No se olvide que el término alemán utilizado para las disciplinas humanísticas, *Geisteswissenschaften*, tiene una connotación cientificista: “ciencias del Espíritu”. Beck alude precisamente al hecho de que en México Humboldt tuvo la oportunidad de estrechar al máximo posible su programa de estudios físicos con la vertiente humanística de la ciencia, H. Beck, *Alexander von Humboldt*, p. 223.

³² *Ibid.*, p. 214, señala que el interés de Humboldt por el tema de las migraciones en general le fue infundido por la obra de Francisco Javier Clavijero (*Historia antigua de México*).

³³ *Ensayo*, p. 269, donde refuta opiniones del famoso viajero italiano y coleccionista de antigüedades indígenas Lorenzo Boturini. En relación con este tema, Humboldt también concluye que las grandes migraciones del hemisferio sur han tenido lugar en dirección opuesta a la de los desplazamientos humanos en la parte norte del continente.

³⁴ *Ibid.*, p. 126, 178, etcétera.

³⁵ Véase “Humboldt y la arqueología mexicana”, de Ignacio Bernal, en *Ensayos sobre Humboldt*, México, UNAM, 1962, p. 121-132.

tivamente como punto de partida esa comprensión difusionista de las culturas americanas, según la cual éstas serían prolongaciones de las grandes civilizaciones asiáticas o de las del Medio Oriente.³⁶ Lo que más debe resaltarse en este punto, sin embargo, es el tratamiento crítico y cuidadoso de que lo hace objeto. Humboldt no asume sin más tal o cual opinión en favor de esta o aquella influencia oriental que parece confirmarse aquí o allá, sino que termina por mostrar un balance general de los argumentos a favor y en contra, sin llegar a una conclusión definitiva. Al término de sus reflexiones parecen tener más peso las objeciones que las confirmaciones, al tiempo que los pasajes en cuestión dejan en claro que éste es un asunto muy complejo en torno al cual queda aún mucho por decir.

Brevemente apuntamos las tres aproximaciones más significativas de Humboldt al respecto. Al fin y al cabo geógrafo, el viajero evalúa las pruebas que un estudio de los productos agrícolas daría en favor de la tesis difusionista y opta por pronunciarse en contra de la misma.³⁷ También toma en cuenta lo que sobre este punto puede aportar el método filológico, del cual su hermano Wilhelm es un representante destacado,³⁸ y concluye nuevamente en sentido desfavorable para la idea de un nexo entre tártaros y americanos. Finalmente enfrenta el interrogante a partir de las características raciales y tampoco encuentra ahí la clave para establecer la ascendencia de los americanos.³⁹ Por todo lo anterior puede decirse que aunque el barón no desecha enteramente la teoría difusionista, sí la sitúa en un plano distinto del de la indagación histórica objetiva: "...la cuestión general del primer origen de los habitantes de un continente excede los límites prescritos a la historia, y acaso no es sino una cuestión filosófica".⁴⁰ El que establezca esta frontera entre un campo histórico riguroso y uno filosófico meramente propositivo, trasluce su convencimiento de que el estudio de las cosas pasadas puede y debe ser científico. Precisamente su recurso alternativo a la perspectiva geográfica y la histórica lo lleva a dejar un tanto de lado la obsesión por el origen único y primero de los pueblos y prestar más atención al parentesco y a las comunicaciones entre las tribus, asunto en el que

³⁶ Aunque Ch. Minguet no opina de esta misma manera. Cfr. su obra *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*, México, UNAM, 1985, II, p. 37-40.

³⁷ Humboldt, *op. cit.*, p. 254, para el caso de la supuesta transmisión de elementos por parte de los mongoles, los hiongnus, los burates, los kalkas, los sifanes, etcétera.

³⁸ Otros autores citados por Alexander en asuntos de filología son Barton Smith, Jefferson, Volney, Vater, Schlegel y el abate Hervás.

³⁹ *Op. cit.*, p. 59: "...la semejanza de algunas facciones [entre americanos, mongoles, manchúes y malayos] no constituye identidad de raza".

⁴⁰ *Ibid.*, p. 53.

“...tanto los vegetales como las lenguas y las fisonomías [raciales] de las naciones pueden tenerse como monumentos históricos”.⁴¹

En cuanto a los demás aspectos de la historia del México antiguo, Humboldt nos presenta un cuadro definitivamente contrastante. Embebido en relatos de primera importancia como lo son diversas fuentes de autoría indígena y mestiza, además de las obras de José de Acosta, Juan de Torquemada, Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés, el cardenal Lorenzana y Francisco J. Clavijero, sobre todo las de los tres últimos,⁴² el viajero presenta un pasado indígena notable por los avances intelectuales alcanzados en el cómputo de los años y la capacidad de edificar urbes complejas.⁴³ Estos progresos, sin embargo, quedaron reservados en el caso mexicano a una oligarquía de sacerdotes, por lo que no sirvieron al pueblo en la defensa de su civilización y de su dignidad al tener lugar la Conquista. Tal fue el destino definitivo de un régimen que Humboldt califica de despótico y feudal. Como se ve, el interés dieciochesco sobre las causas del ascenso y la caída de los imperios marca todavía en mucho su percepción de la cuestión.

Con todo, hay un ingrediente original al tratar este punto de la injusticia social en el México prehispánico: su certeza de una autonomía potencial de la historia social frente a la de los grandes progresos intelectuales. Dice Humboldt:

La verdadera perfección de las instituciones sociales depende ciertamente de las luces y del desarrollo de las facultades intelectuales; pero es tal el encadenamiento de los resortes que mueven a un Estado, que puede ese desarrollo hacer muy notables progresos en una parte de la nación, sin que por eso sea más feliz la situación de las últimas clases.⁴⁴

Trasfondo de esta idea es la de que el mejoramiento de las clases oprimidas suele ser producto de crisis políticas violentas que les permiten aprovechar las divisiones de los demás grupos sociales. Con esto sacamos en claro dos convicciones centrales de su ideario histórico: 1) la historia sigue dos hilos que no siempre se entrelazan, el intelectual y el político, y 2) la situación social no es del todo independiente de lo que pasa en la esfera política.

Llevado no sólo del propósito de obtener el máximo provecho geográfico del material histórico al desmenuzarlo en un plano espacial, sino también del de enriquecer la misma indagación del pasado con un

⁴¹ *Ibid.*, p. 266.

⁴² En su prólogo al *Ensayo*, Ortega y Medina incluye una extensa lista de las fuentes empleadas por Humboldt para escribir su libro.

⁴³ *Ibid.*, p. 60-62.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 66.

apoyo geográfico, el barón se despegará en ocasiones de la tradicional obsesión por el grado de civilización y ensayará una nueva vía, precisamente la de ese tratamiento etnográfico incipiente de que hacíamos mención unos cuantos párrafos atrás. El eje medular del mismo lo constituye el estudio de la transmisión de elementos materiales entre los pueblos, asunto que ya no importa solamente como dato histórico sino como todo un marco de referencia obligado para evaluar la potencialidad cultural de los pueblos. En el fondo de esto hay un cuestionamiento profundo de la aplicación mecánica del rasero europeo al desarrollo de los demás pueblos, pues está convencido, por ejemplo, de que

el grado de civilización de un pueblo no está en ninguna relación con la variedad de producciones que hacen el objeto de su agricultura u hortaliza. Esta variedad es más o menos grande a medida que las comunicaciones entre regiones apartadas han sido más o menos frecuentes, o que las naciones separadas del resto del género humano en tiempos muy remotos se han encontrado por su situación local en un aislamiento absoluto. No debemos extrañar que los mexicanos carecieran de las riquezas vegetales que en el día tienen nuestros jardines de Europa. Los mismos griegos y romanos no conocían las espinacas, coliflores, escorzoneras, alcachofas ni otras muchísimas legumbres.⁴⁵

Como cada pueblo muestra un alto grado de individualidad por su emplazamiento geográfico y su situación frente a los otros grupos, el autor desautoriza la identificación de civilización con abundancia material e incorpora la realidad geográfica como rasgo constitutivo y diferenciante de las culturas.

La consecuencia obligada de lo anterior es el reconocimiento de que los pueblos siguen una secuencia propia en su desenvolvimiento cultural, entre otras razones porque la conjunción de entorno natural y comunicación con otros grupos suele ser única. Si se toma en cuenta que sólo un viajero de vuelos científicos y dotado de un gran conocimiento de la naturaleza podía fundamentar un plan de estudio como éste, entonces se comprenderá la relevancia etnográfica de los escritos americanistas de Alexander von Humboldt. Aunque es verdad que el término etnografía no suele aparecer en sus obras, unas cuantas décadas después el vocablo se convirtió en la denominación habitual para un género que se desprendió parcialmente de la disciplina histórica para buscar apoyo en la geografía.

El talante científico de Humboldt no es menos patente en sus apreciaciones sobre la historia colonial. Gracias a la mayor abundancia

⁴⁵ *Ibid.*, p. 275.

y confiabilidad de la información relativa a este periodo, nuestro autor encuentra terreno firme para recurrir continuamente a la historia al tratar de los asuntos políticos, administrativos y culturales del país. Pongamos en claro algunos de los trazos más significativos de este amplio telón de fondo.

En primer lugar es importante resaltar la moderación con que el viajero se refiere a la Conquista, actitud que delata un deseo de sacar ventaja de la gran distancia temporal que separa dicho evento de la propia época. La considera ante todo una consecuencia natural del entusiasmo militar de su siglo y admira la extraordinaria energía desplegada en ella por el pueblo conquistador.⁴⁶ La nación española se embarcó ahí en una gesta comparable a la de los cruzados en sus momentos más memorables. Ante estas opiniones no puede resultarnos extraño que Humboldt se oponga al calificativo de bárbaros para los conquistadores, y todavía menos su explícito reconocimiento de las acciones benéficas emprendidas por éstos, como la introducción de vegetales europeos al país.⁴⁷ Absurdo sería también sorprenderse ante su exhortación a evitar que la simpatía por los subyugados derive en juicios injustos para los descendientes de los primeros conquistadores.⁴⁸

Como en el caso de su reflexión sobre la plausibilidad de las teorías difusionistas, Humboldt procura ver las dos caras de la moneda y recalcar la que menos favor ha recibido de la opinión general. Así, frente al traumático suceso de la Conquista señala los tres siglos de paz que le siguieron, tiempo en que se ha borrado cada vez más la memoria de los crímenes provocados por el fanatismo y la avaricia de los primeros dominadores coloniales.⁴⁹ También se apresta a defender la obra de los jesuitas, que considera injustamente calumniada.⁵⁰ En todas estas afirmaciones trasluce la convicción de que el estudio del pasado debe emprenderse con una actitud de equilibrio y de generosa amplitud de miras.

El lector se vendrá preguntando si la apreciación histórica del barón, deslindada ya de la etnográfica, refleja también aquel esquema de causas físicas y morales que mencionamos al comienzo de este apartado, a lo que debe responderse afirmativamente. También en este campo hay una confrontación continua de datos de geografía física (por ejemplo, los dictados de un medio árido pero rico en metales) con los relativos al estado moral de los pobladores (abatimiento de la masa

⁴⁶ *Ibid.*, p. 558.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 276.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 55.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 39.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 201.

indígena prehispánica, poco sentido público de los propietarios y capitalistas novohispanos).⁵¹ Éste es su método histórico propiamente dicho. Así, medita sobre la historia de los pueblos prehispánicos y constata un gran contraste entre su prolongada prosperidad material y su carencia de cultura moral,⁵² observación que nos lleva a concluir que aquí se esboza ya esa distinción entre civilización (material) y cultura (espiritual) que llegaría a ser tan común en el medio científico y humanístico de la Alemania de fines del siglo XIX.

En cuanto al interés que revela por la cara material de la historia, el *Ensayo* de tema novohispano vino a marcar un verdadero hito en la historia de la historiografía relativa a nuestro país. En él se encuentran todos los elementos para una reseña histórica general de la infraestructura material que sustentó el desarrollo económico de la colonia y que ha dado origen a la compleja realidad administrativa que la distingue: caminos, recursos naturales (autóctonos y aclimatados), diferencias demográficas y económicas regionales, etcétera. La preponderancia de este interés en un autor tan consciente de vivir en una época de cambios políticos continuos, la era de las revoluciones morales por excelencia, no deja de ser sumamente significativa. Revela un sentido poco común de la importancia del legado material de las generaciones anteriores y la búsqueda de un marco amplio en que ubicar los cambios acarreados por las revoluciones del momento. Al referir la historia de las grandes obras públicas novohispanas (como el desagüe del valle de México) o las principales fases de descubrimiento y colonización del enorme territorio del norte, el viajero remite al lector a la lenta transformación del medio físico y devela así un plano en el que la historia transcurre a un ritmo muy distinto del político revolucionario.

Ahora bien, en cuanto a su análisis de la cara política y moral de la historia novohispana, es de notar la admiración de Humboldt por la gesta de Hernán Cortés,⁵³ en quien encuentra la capacidad de identificar las bases idóneas para el desarrollo material⁵⁴ y espiritual⁵⁵ del Estado a construir sobre las ruinas del antiguo imperio mexica. También

⁵¹ El contraste entre las ventajas naturales del país y la pobreza de una gran parte de sus habitantes es constante en el *Ensayo*. Un buen ejemplo en *ibid.*, p. 83-85.

⁵² *Ibid.*, p. 62, donde refiere que "...estos pueblos [los organizados en castas], si bien conservan por miles de años el aspecto de abundancia exterior, no adelantan casi nada en la cultura moral; porque ésta sólo es el resultado de la libertad individual".

⁵³ Habla de él en varias ocasiones y llega a calificarlo de gran conquistador (*ibid.*, p. 198) y héroe (p. 255).

⁵⁴ Apreció ya la importancia del desarrollo de los ramos industriales, la exploración geográfica y la comunicación interoceánica (*ibid.*, p. 255, 198-199, 468).

⁵⁵ Cuyo secreto veía en un sencillo régimen eclesiástico de índole misional, en lugar del típico modelo jerárquico del catolicismo promonárquico (*ibid.*, p. 96).

reconoce el barón el carácter profundamente dramático del episodio de la Conquista y ensalza el valor de Cuauhtémoc, rey caído en cuya conducta percibe rasgos dignos de los mejores tiempos de Grecia y Roma.⁵⁶ Humboldt hace ver al lector algunos de los más grandes momentos y héroes que pueblan la historia novohispana. Así, entre las consecuencias que la difusión del *Ensayo* iba a tener en Europa, estaba la de descalificar la difundida visión negativa de la obra española en América, pues señalaba la falsedad de estigmas tan repetidos como el del trabajo forzado en las minas mexicanas, la prohibición de todos los cultivos europeos en América o el supuesto exterminio de los indios caribes. También dejaría bien en claro que la Nueva España había contado en su historia con sabios y hombres de Estado eminentísimos, como el virrey segundo conde de Revillagigedo. Entre sus principales informantes e inspiradores en sus estudios científicos de este reino estuvieron varios de estos sabios.⁵⁷ La historia de las colonias hispanas en América no era, en suma, ese teatro de mezquindad y superstición que habían pintado los agresivos propaladores de la leyenda negra.

No querríamos concluir este estudio historiográfico de Humboldt, sumario por necesidad, sin referir dos rasgos notables de su percepción histórica que resaltan particularmente en la lectura del *Ensayo*: su idea de los problemas sociales de Hispanoamérica y su diagnóstico con base geográfico-histórica de la trayectoria futura de la Nueva España. El espacio concedido por el viajero a los aspectos sociales, o lo que actualmente consideramos como tales (costumbres, familia, valores), es ciertamente escaso si se le compara con el que destina a los temas administrativos y a los que se consideraban en el momento como de “gran interés político”. Pero esto sólo pone nuevamente en claro la ausencia de una distinción tajante entre orden político y orden social en su ideario, y no impide que los conflictos más agudos de la sociedad novohispana asomen entre las consideraciones mencionadas.

Aunque la historia colonial española dista mucho de ser para él un despliegue de irracionalidad y de crueldad, en franco contraste con tantos otros autores europeos del momento, Humboldt advierte serias lacras en la situación social de la Nueva España que sería deseable atacar a la mayor brevedad posible. Asegura que se trata de una realidad

⁵⁶ *Ibid.*, p. 128.

⁵⁷ Humboldt no siempre refiere en su *Ensayo* la procedencia de las informaciones que obtuvo en la Nueva España, lo que le ha valido reproches de varios estudiosos hispanoamericanos. En su descargo es justo reconocer que el autor no deja de mencionar, por lo menos una vez, a la gran mayoría de estos informantes y que en tales alusiones suele ser elogioso. A este respecto véanse las aportaciones de Moreno, Miranda y Ortega y Medina, en los ya mencionados *Ensayos sobre Humboldt*.

común a toda Hispanoamérica, afirmación que se sustenta evidentemente en su amplio recorrido por la misma. No sólo en el *Ensayo novohispano*, sino en sus mismos relatos de viaje, recalca el poco espíritu sociable de los súbditos americanos del rey español y el agudizamiento de esta situación en los últimos tiempos. El científico habla como buen ilustrado y no se refiere a un carácter particularmente retraído o huraño que distinga de manera especial a estos pueblos frente a los demás. Ante todo quiere subrayar su poco interés por los temas de actualidad científica y por el intercambio intelectual de los nuevos tiempos, circunstancia que merma su espíritu público y los sume en una indiferencia general frente a los asuntos políticos y administrativos de más trascendencia.

Humboldt toma conciencia durante su viaje de la importancia que en todo esto tiene la mentalidad tradicional española. En ella ve una vacilación y una voluntad de aislamiento muy arraigadas ante la ola de ilustración y cambio que agita en otras partes, es decir frente a un proceso histórico irreversible que ha comenzado a alterar el mismo ánimo de los súbditos americanos, como constata entre los pobladores de las costas de Cumaná. La certeza de que Hispanoamérica está ya en el área de influencia de estas transformaciones lo lleva a subrayar reiteradamente la conveniencia de una mayor incorporación de esta masa continental al entramado de los intereses mundiales, cada vez más orientados a las ventajas del libre comercio y del intercambio de todo género entre las naciones cultas. La solución al descontento surgido en últimas fechas en las colonias hispanas, concluye en cierta forma el barón, implica que la metrópoli acepte de una vez por todas una mayor integración de las mismas al orden propugnado por los estadistas liberales, al tiempo que inculque un espíritu público más profundo en sus habitantes mediante la difusión de las luces.

El grado de incorporación hispanoamericana al concierto de las naciones cultas ha sido, pues, insuficiente,⁵⁸ lo que ha contribuido a que su situación social no mejore y cada vez se registren más manifestaciones de descontento, incluso entre las clases privilegiadas. Humboldt refiere violentísimas explosiones sociales motivadas por el odio racial, como la encabezada no hace mucho tiempo por Túpac Amaru en Perú (1781-1782), y se apresta a señalar la existencia de una profunda crisis de fondo.⁵⁹ Al explicar las causas de esta situación explosiva, el barón

⁵⁸ Recuérdese que Humboldt fue el primer europeo del norte al que se le permitió viajar tan libre y ventajosamente por Hispanoamérica, por lo que su propio caso le mostraba lo reciente de la apertura franca de las autoridades españolas a las exigencias de las labores científicas y sobre todo de la exploración geográfica integral.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 74-75.

adjudica una gran culpa al sistema de gobierno español implantado desde la Conquista, pues se basa en el fomento del odio entre los súbditos mediante un orden legal que entroniza la jerarquía del color de la piel.⁶⁰ Las discordias se agudizan, afirma, entre quienes están más próximos dentro de la escala de los tipos raciales.

Esta sociabilidad viciosa se ha consolidado al paso de los años, y las conclusiones de Humboldt en torno a esta situación son dignas de citarse:

Un gobierno ilustrado en los verdaderos intereses de la humanidad podrá propagar las luces y la instrucción, y conseguirá aumentar el bienestar físico de los colonos, haciendo desaparecer poco a poco aquella monstruosa desigualdad de derechos y fortunas; pero tendrá que vencer inmensas dificultades cuando quiera hacer sociables a los habitantes y enseñarlos a tratarse mutuamente como conciudadanos.⁶¹

Este pasaje es extraordinariamente revelador para nuestro análisis historiográfico. El autor vuelve a mostrar una conciencia aguda sobre ciertas realidades que no caben más en las categorías históricas ilustradas, aquellas que tomaban el progreso intelectual como el resorte principal del perfeccionamiento de las costumbres. Lo que Humboldt percibe no es sino una especie de carácter o espíritu social que queda inalterado por los afanes del gobierno o de la administración, con lo que pone nuevamente de manifiesto la necesidad de una aproximación más interiorista y ajustada a la singularidad de cada conglomerado humano. El reconocimiento de las limitaciones de una administración ilustrada implica admitir que el estudio de las realidades físicas (exteriores) no brinda elementos suficientes para atacar todos los problemas de la vida pública, pues también influye de manera decisiva la motivación moral (interior) de los individuos que componen la sociedad en cuestión. Los estadistas deben estar conscientes de que, más allá de su situación gubernativa y administrativa, las sociedades se rigen por un temperamento propio que no es mero reflejo de su estructura legal o socioeconómica. Básicamente complementarias, hay dos caras del ser social que son vistas en una perspectiva histórica y corresponden a los dos tipos de causas que Humboldt reconoce: físicas y morales.

De esta manera al proceder analítico ha seguido uno sintético, en virtud del cual se obtiene un perfil moral de la población novohispana. Fue el análisis geográfico, orientado a esa irreplicable conjunción de

⁶⁰ *Ibid.*, p. 95, entre otros varios pasajes.

⁶¹ *Ibid.*

circunstancias que es la Nueva España, el que mostró a Humboldt la necesidad de delinear dicho perfil, y ahora este último viene a ser también indispensable para elaborar un diagnóstico sobre el futuro del país. Con las recientes revoluciones comerciales y políticas como punto de partida, el sabio expone paulatinamente ese diagnóstico a lo largo de todo el libro. Abordemos el punto.

Humboldt da por hecho un entrelazamiento cada vez más fuerte de los intereses de las poblaciones hispanoamericanas con las del Viejo Mundo. Sobre esta base entiende que la Nueva España es un país clave como vía de comunicación entre los dos grandes océanos, por lo que sostiene que su capital está llamada a ejercer un gran influjo en los sucesos políticos que agitarán a América y a Europa.⁶² Por tanto, el interés de los lectores europeos respecto del virreinato no debe limitarse a sus atractivos como país productor de metálico o socio mercantil favorablemente situado; también es necesario que los estadistas del Viejo Mundo reparen en las fuertes repercusiones que una mayor integración del mismo tendrá en el orden político mundial. Dicha incorporación ofrecerá a Europa la posibilidad de una avanzada significativa hacia la Asia oriental, ya que la barrera americana ha sido el “baluarte de la independencia de China y Japón”.⁶³ En cuanto a la integridad política y militar del país invitado por Humboldt a tener parte más activa en la renovada sociedad internacional, éste nos dice que sus características orográficas le brindarán una protección eficaz frente a Europa, al tiempo que no cabe temer ningún influjo político⁶⁴ sobre el mismo por parte de los asiáticos, dados los vientos alisios y las corrientes marinas que dificultan la navegación por el costado del Pacífico. Humboldt nos permite constatar que en la era de las revoluciones la irrupción de México no sólo pareció importante en función de la expansión comercial, sino también en el ámbito de la *Weltpolitik*, es decir de la relación de poder e influencia política a nivel de países y continentes.

La revolución mercantil iniciada con las disposiciones reformistas de la corona española en 1778, dictadas para una mayor libertad de comercio con la Nueva España, ha tenido y seguirá teniendo consecuencias de primer orden dentro de la colonia. A partir de esta realidad y del perfil moral de la población, Humboldt define los retos más importantes al interior del país en las décadas por venir. Hasta ahora la administración ha favorecido la concentración de la población en la parte alta del mismo,⁶⁵

⁶² Humboldt, *op. cit.*, p. 30.

⁶³ *Ibid.*, p. 18. Véase también p. 22.

⁶⁴ Esto es, desde el punto de vista militar.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 177.

lo que ha impedido una mayor explotación de los productos de las zonas bajas y la habilitación de nuevos puertos, sobre todo en el flanco occidental del país. La colonización de las regiones cálidas, así como la de la inmensa zona norte novohispana, forma parte por tanto de los asuntos que se tornarán cada vez más urgentes. El viajero prevé la competencia entre la administración española y la naciente potencia angloamericana del norte por asegurar el dominio del inmenso territorio que las divide, rivalidad que además se agravará por la presión de las naciones europeas, dos de las cuales (Rusia y Gran Bretaña) tienen puestas ya sus miras en la costa de la Alta California.⁶⁶ Sin olvidar esta presión de terceros interesados en la cuestión, el barón da con todo una importancia decisiva al perfil moral y a la vitalidad de los dos pueblos americanos y concluye que el característico espíritu de empresa anglosajón apresurará el desenlace de la confrontación.⁶⁷ Esta notable conciencia suya sobre la importancia de las realidades morales lo impele a considerarlas indispensables en cualquier diagnóstico sobre las futuras transformaciones del mapa político del orbe. Estas transformaciones, que no podemos calificar sino de auténticas revoluciones geográficas, también le parecen motivo de una atención prioritaria por parte de los hombres de Estado.

Tales, pues, los rasgos más sobresalientes de los cálculos de Humboldt en torno a lo que este país podía llegar a ser en el periodo histórico que alboreaba. El aparato informativo se ha hecho más denso y riguroso al adentrarse en los asuntos políticos más recientes y relevantes al momento de escribir. Desde el punto de vista de su contenido histórico pueden distinguirse tres tipos de fuentes básicas en el *Ensayo*, según las ha señalado su editor Ortega y Medina: manuscritas, impresas y cartográficas. Entre las primeras debemos destacar las relaciones conservadas en las bibliotecas de conventos novohispanos, además de los códices indígenas, a algunos de los cuales el autor siguió la pista en colecciones europeas.⁶⁸ Entre las impresas están, como ya se decía, algunas fuentes españolas clásicas sobre temas de historia indígena y colonial, textos que recuperan su prestigio gracias a la buena prensa que de los mismos hace el barón,⁶⁹ así como un buen número de obras de viaje y de

⁶⁶ Sobre todo esto es de gran interés el prólogo de Ortega y Medina a la edición Porrúa del *Ensayo*, p. XV-XXII.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 101 y 183.

⁶⁸ Para Miguel León-Portilla, el desciframiento de los códices prehispánicos con el objeto de conocer la cosmovisión ahí reflejada constituye la principal contribución del viajero en sus estudios de las culturas antiguas de México (principalmente en *Vues des cordillères*). Véase, de este autor, "Humboldt investigador de los códices y la cosmología náhuatl", en los *Ensayos sobre Humboldt*, p. 133-148.

⁶⁹ Robertson, Buffon, De Pauw y otros autores del Siglo de las Luces no siempre

exploración que le antecedieron o sirvieron hasta cierto punto de modelo al verter por escrito su recorrido por América.

En cuanto al apoyo cartográfico, éste ha sido el menos atendido hasta ahora en el medio de habla española, situación que quizás tenga su origen en el hecho de que la famosa versión española de Vicente González Arnao (1822) no incluyó la importante *Introducción geográfica* de Humboldt a su edición francesa, capítulo que mencionaba los principales mapas consultados por el autor. Diversas ediciones posteriores en lengua española (la del propio Ortega y Medina) volvieron a excluirla,⁷⁰ lo que es lamentable en vista de que también daba cuenta de los mapas y perfiles del *Atlas mexicano*⁷¹ y dejaba así muy en claro el marco geográfico que el viajero había querido dar a su cuadro integral de la Nueva España. Salvo los estudios de Rayfred Lionel Stevens-Middleton y Jorge A. Vivó,⁷² entre nosotros casi no se ha abordado la labor geográfica de Humboldt, que en este sentido ha sido trabajada más bien por autores europeos.⁷³

Como es natural, el *Ensayo* de Humboldt ha sido leído por todas las generaciones de mexicanos, al grado de notarse una alteración en el tipo de interés hacia el mismo en cada cambio de época significativo.⁷⁴ No podemos presentar aquí toda la variedad de opiniones y posiciones que han tenido como objeto al barón y a su obra desde que ésta fuera conocida mediante su primera edición parisina entre 1807 y 1811, seguida al poco tiempo por dos españolas, las de 1819 (Madrid, Núñez) y 1822 (París, Casa Rosa); menos aún abordaremos la tan ingente producción de obras de viajeros, para emplear ese término tan ancho y un tanto impreciso, que fue desencadenada o recibió la influencia del *Ensayo*.⁷⁵ Nos limitaremos, y esto sólo a grandes rasgos, a la percepción

otorgaron el debido crédito y reconocimiento a la amplia literatura española de temas americanos iniciada en el siglo XVI.

⁷⁰ Aunque sí fue incluida en la edición de Vito Alessio Robles para P. Robredo, México, 1941.

⁷¹ *Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España*, que se incorporó a la edición del *Ensayo* en cuarto mayor por Schoell en París, 1811. También se editaría por separado.

⁷² Es decir, *La obra de Alexander von Humboldt en México. Fundamento de la geografía moderna*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1956, y "La obra de Humboldt en México fundamento de la geografía regional moderna", en *Ensayos sobre Humboldt* (p. 164-173), respectivamente.

⁷³ Las obras de H. Beck en general, así como la de Charles Minguet, *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española (1799-1804)*, México, UNAM, 1985 (traducción del original francés de 1968), por dar dos de los ejemplos más notables.

⁷⁴ Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1960, p. 14.

⁷⁵ Sin la influencia del escrito de Humboldt sería muy difícil concebir las conocidas obras de H. G. Ward, R. W. H. Hardy, G. F. Lyon, W. Bullock, J. R. Poinsett, W. Thompson,

que se tuvo del autor y de su obra en la primera mitad del siglo XIX entre los propios mexicanos.

Para los patriotas independentistas novohispanos el *Ensayo* significó un importante aval de la propia certeza de que México contaba con una naturaleza pródiga y variada, por lo que pudo ser invocado en favor del proyecto de separación de las colonias de la metrópoli.⁷⁶ Hemos visto, sin embargo, que la valoración de la obra de España en América por parte de Humboldt es a menudo ambivalente y no permite concluir indefectiblemente que la única salida para los crecientes conflictos de las colonias consistiera en su separación de España. Es la necesidad de reformas ilustradas en favor de una mejor administración lo que Humboldt subraya constantemente a todo lo largo de la obra, y esto con base en lo que le han mostrado el estudio físico del país y el examen de la situación moral de su gente. No obstante, Servando Teresa de Mier, Tadeo Ortiz, José M. Luis Mora, Lorenzo de Zavala y otros hombres de letras mexicanos de las primeras décadas independientes retomaron a menudo unilateralmente la carga crítica del escrito para con el régimen español, actitud del todo comprensible en el contexto de la lucha independentista que libraron. Estos primeros autores políticos procuraron asimilar el espíritu analítico del barón y darle cauce en sus propios textos sobre las circunstancias políticas y morales del México independiente, no menos que en sus proyectos de reforma administrativa, por más que a menudo declararan imperfecta la parte estadística del *Ensayo*. En la *Historia de México* (1849-1852) de Lucas Alamán, una obra más tardía que las de los autores mencionados, se percibe una actitud menos severa frente al mérito estadístico de Humboldt, algo que no puede desligarse de la conocida inclinación del político guanajuatense a recalcar la atmósfera de prosperidad del último periodo colonial, bien retratada por Humboldt. En cambio, la comprensión de las circunstancias morales y políticas del país marca un contraste significativo entre ambos autores, pues el mexicano se muestra más indulgente frente a las costumbres y prejuicios de la sociedad hispánica que el alemán.

Mucho se ha acusado a Humboldt de difundir una estimación exagerada de la bonanza que podía alcanzar el país en el futuro con base en su riqueza natural. A una tal conclusión sólo podrá llegar quien ignore el hecho de que a todas las ventajas físicas del país el geógrafo

B. Mayer, E. Mühlentfordt, Carl C. Sartorius, F. Ratzel o Mathieu de Fossey, por lo menos tal como son, por más que dichos autores concedan mucho más espacio que Humboldt a las costumbres y al carácter nacional, clásicos temas de esta literatura en el siglo XIX.

⁷⁶ Sobre este tema, L. González y González, "Humboldt y la Revolución de Independencia", en *Ensayos sobre Humboldt*, p. 201-214.

contrapuso siempre los lastres morales de la población. Para él, la cultura y prosperidad auténticas eran sencillamente inconcebibles sin el contento espiritual y el perfeccionamiento intelectual, algo en lo que los novohispanos tenían todavía un buen trecho por recorrer.⁷⁷ El mismo barón, como viajero agradecido por las atenciones recibidas en la Nueva España, procuró contribuir a un mejor gobierno de esta colonia mediante la entrega de un adelanto de la parte estadística del *Ensayo* al virrey en turno.⁷⁸ El gran aprecio que en los primeros años de vida independiente sintieron los mexicanos por esta obra se debió también a que les proporcionaba elementos para una versión liberal de su propia historia, además de su utilidad en la creación de un gran Estado septentrional que consolidaría la alianza hispanoamericana contra cualquier intento de reconquista española. El Congreso General manifestó en julio de 1824 que el *Ensayo* sería tomado como la fuente estadística e informativa más confiable para reorganizar el país, y no hay que olvidar que el proceso de consolidación política nacional se concebía por entonces como estrechamente ligado con la suerte de todo el complejo hispanoamericano, por lo que el marco continental del análisis de Humboldt debió de cobrar una importancia enorme. Los primeros hombres de Estado del México independiente⁷⁹ captaron atinadamente la relevancia concedida por nuestro autor a la geografía política, campo a cuyo enriquecimiento había contribuido mucho con sus estudios del mundo físico.

También por entonces empezaba a fortalecerse el interés por la historia antigua mexicana, y a este respecto es bien conocida la influencia de Humboldt en Prescott, cuya obra a su vez incitaría a Alamán a escribir sobre la historia de la Conquista. Ya aludimos a la profunda impresión que ejerció en Humboldt la figura de Cortés, y no será descabellado decir que la paternidad de la nación mexicana que Alamán suscribió al conquistador había sido sugerida por el alemán algunas décadas atrás. Entre ambos se sitúa cronológicamente José María Luis Mora, quien también exaltó a Cortés como un estadista capaz y visionario. De esta misma manera, las observaciones de Humboldt sobre las culturas prehispánicas fueron bien conocidas por los sabios mexicanos

⁷⁷ Daniel Cosío Villegas (*Extremos de América*, México, FCE, 1949, p. 95-98) no advierte la importancia concedida por Humboldt al factor histórico espiritual, ni el hecho de que sus miras eran ante todo geográficas y no económicas. Lo retrata como si fuera una especie de economista frustrado.

⁷⁸ Se trata de las *Tablas geográfico-políticas del reino de Nueva España*, que Humboldt entregó a Iturrigaray en enero de 1804.

⁷⁹ Teresa de Mier y Ortiz de Ayala son buenos ejemplos.



de la segunda mitad del siglo, cuando ya se gestaba una escuela mexicana de historia indígena.

Las líneas anteriores deben de servir para dar una idea general de la enorme importancia del *Ensayo* de Humboldt sobre la Nueva España, tanto por su espíritu científico como por su carácter integral. Sin ser un relato histórico propiamente dicho e independientemente de su autoría extranjera, el libro ha ejercido un estímulo permanente en la idea que mexicanos y extranjeros se han formado del país, y esto basta para conferirle un lugar destacado en esta historia de la historiografía mexicana. Humboldt no habría puesto reparos a que sus escritos fueran sometidos a ese espíritu crítico con que él mismo abordaba sus temas de estudio, situación que lo hace acreedor a un mérito que solamente comparte con los autores de gran talla, aquellos que ofrecen los medios de su propia superación. Con todo, no deja de ser digno de señalarse que su investigación histórica, así como su percepción de los problemas sociales de Hispanoamérica, constituye uno de los aspectos en que más garbosamente ha logrado salir adelante de entre los numerosos embates críticos que se le han dirigido desde la posteridad. El lector nos concederá que no son muchos los que han recibido un homenaje parecido por parte de la historia misma.